

“El imperio de la política es el imperio de la mentira”. Observaciones de Ortega y Gasset en torno a utilidad, verdad y perspectiva.

Gloria Cava Lázaro^a

Entre 1916 y 1934, Ortega publicó ocho volúmenes de *El espectador*. En el primero de ellos, en el apartado que lleva por título “Confesiones de ‘El Espectador’”, Ortega aborda en un principio la temática de la verdad y la perspectiva.

Debo manifestar, desde un principio, que mi interés por este tema no nació de mis lecturas directas de Ortega. Ni mucho menos.

Yo soy psicóloga de profesión. Pues bien, hace unos años cursé un máster sobre terapia estratégica con el famoso terapeuta Giorgio Nardone, fundador con Paul Watzlawick de la Escuela que en Arezzo (Italia) se dedica a este tipo de tratamiento. Digo esto porque algo que me sorprendió muy gratamente es que, al hablar de los fundamentos teóricos de la terapia estratégica, Nardone, junto a

figuras internacionales como Erickson, citó como fuente de inspiración de estos desarrollos a Ortega. ¿Por qué? Porque en este tipo de terapia no importa tanto la realidad del paciente, cuando la perspectiva (la percepción) que de sí mismo tiene y todo el tratamiento descansa en la idea de cambiar (o ayudar a que el paciente cambie) su perspectiva.

Supongo que si Nardone fuera español hubiera recurrido –para apoyar sus hipótesis de trabajo– a Nietzsche. ¡Cómo un español va a citar a otro, vamos!

Pues bien, el recurso de Nardone a Ortega me llevó a leer a nuestro filósofo y lo encontré fascinante.

Entrando en el tema. En este apartado de *El espectador*, I (Verdad y perspectiva) hay, al menos, dos cuestiones que creo que conviene resaltar.

^a Grupo de Investigación “Emoción, empatía y conducta”.

Correspondencia: Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir, Facultad de Filosofía, Antropología y Trabajo Social. Calle Guillem de Castro, 94. 46001 Valencia. España.

E-mail: gloria.cava@ucv.es



LA PRIMERA. El concepto que Ortega tiene de la política. La política –nos dice– es la supeditación de la teoría a la utilidad, llegando al extremo de definir la verdad como utilidad. De ahí que, en ese ámbito, todo queda reducido a buscar medios para los fines, sin preocuparse –proseguirá diciendo– de estos. La ética de los políticos (hay quien duda de que sea apropiado hablar de posesión de ética en este contexto) es pues claramente pragmática.

¿Nos suena a algo conocido en nuestros tiempos, verdad? La ética dominante entre los políticos actualmente (siempre es peligroso generalizar) parece ser claramente utilitarista. Pues bien, Ortega a este respecto dice algo terroríficamente acertado: “Y esto, hacer de la utilidad la verdad es la definición de la mentira. El imperio de la política es, pues, el imperio de la mentira”.

LA SEGUNDA. Aunque Ortega no distingue con precisión en todo momento entre la verdad como propiedad de las cosas (verdad ontológica) y la verdad como propiedad de nuestro conocimiento de las cosas (verdad epistemológica), lo bien cierto es que encuentra una forma rigurosa (y sencilla, cuando la conoces) de salir del avispero en que se meten los realistas ingenuos y los antirrealistas/subjetivistas impenitentes.

Los primeros dicen que sí, que las cosas, la realidad, es tal y como la conocemos. Tiene una existencia separada del sujeto cognoscente y este tiene un aparato cognitivo que no deforma tal realidad cuando la conoce.

La inconsistencia de esta posición es evidente. Claro que deformamos la realidad. Dime cuál es tu historia vital y te diré qué realidad percibes.

Pero tan inconsistente como esta es la aproximación antirrealista a esta temática. Bunge, que puede permitirse hablar así tras sus muchos años de dedicación a la filosofía de la ciencia y sus múltiples publicaciones (más o menos discutidas, pero ahí están: llenando un estante de una librería), asevera que, si alguien nos dice en la calle que un árbol que tenemos delante no existe, lo primero que pensamos es que anda mal de la cabeza y, por supuesto, no le hacemos ningún caso. En cambio, en filosofía les prestamos una generosísima atención.

¿No hay término medio? Desde luego. Lo hay. El perspectivismo orteguiano es un buen término medio. “La realidad –dirá Ortega–, precisamente por serlo y hallarse fuera de nuestras mentes individuales, solo puede llegar a estas multiplicándose en mil caras o haces”. De este modo se aúna lo aparentemente contradictorio: la realidad existe de forma autónoma respecto del sujeto cognoscente, pero este percibe de esa realidad solo una de sus múltiples caras. Esa percepción de la realidad que cada individuo tiene constituye su punto de vista, su perspectiva. “La verdad, lo real, el universo, la vida –como queráis llamarlo– se quiebra en facetas innumerables, en vertientes sin cuento, cada una de las cuales da hacia un individuo. Si este ha sabido ser fiel a su punto de vista, si ha resistido a la eterna



seducción de cambiar su retina por otra imaginaria, lo que ve será un aspecto real del mundo”, añade Ortega.

Pues bien, estas hipótesis de Ortega se ven corroboradas una y otra vez por las prácticas de quienes nos dedicamos a la terapia psicológica. Las conductas patológicas no se producen como respuesta ante estímulos reales en el sentido ingenuo de

este término. Responden siempre a su visión de estos estímulos. De ahí que el objetivo de nuestros tratamientos sea precisamente intentar que cambien tal perspectiva.

Por cierto, aunque sea de pasada, con lo dicho me gustaría haber puesto de manifiesto la necesidad de preguntas del tipo: ¡Ah! Pero la filosofía ¿sirve para algo?



